

quieren toda nuestra confianza, nos aturden, nos obcecan y nos inducen en error.

El capítulo de los errores de los sentidos es tan vasto, tan ubérrimo, que bastaría — y ha bastado — a llenar varios volúmenes. Solamente la parte referente a aberraciones de óptica permitiría llenar buen número de páginas. Hacemos gracia al lector de los datos y pruebas que podríamos aportar en demostración

pues se le condimentarán los platos con ajo, y se le dice que no se ha puesto sino cebolla. Y el señorito se lo zampa todo, porque el sabor de la cebolla no le disgusta.

La vista, para ceñirnos al sentido que más nos interesa, es a veces tan falaz, que no es raro el confundir un color con otro, el equivocarse las distancias y hasta las formas, el tomar como de relieve objetos planos, o hasta como reales y corpóreos a los



UNA FAMILIA BIEN AVENIDA

de la falacia de los sentidos; pues ni podemos ni queremos entrar en el examen de una materia que nos llevaría a terrenos distintos de nuestro coto, tanto más, cuanto que estamos firmemente convencidos de que ante lo ocurrido, ante lo indiscutible, ante lo obvio y palpable, huelgan los argumentos.

Palmaria e innegable es la inseguridad de los sentidos en ciertas ocasiones. Las cocineras saben esto perfectamente: ¿que el señorito dice que no le gusta el sabor del ajo?,

que no son sino producto de un reflejo o de un espejismo.

Esto lo sabe todo el mundo, y sabidísimo es también que si el testimonio de los sentidos no siempre es de fiar sin reserva alguna, mayores suspicacias es menester que suscite en nosotros, en lo que se refiere a un aspecto común a todos ellos, el de la medida.

En efecto: nada más difícil e inseguro que la exacta y precisa evaluación de la intensidad de un estímulo. Sin complicar el problema